

II

La casa no era realmente muy grande pero estaba estupendamente distribuida, dijo ella en voz alta, recuperando su timbre normal, donde sin embargo humeaba el rescoldo de la emoción. Tenía dos salones espaciosos, contiguos y seguramente muy iluminados, de no ser por la perpetua neblina que envolvía ese sector de Magdalena, muy cerca ya de San Isidro. De hecho, observó Leticia recorriendo con placer aquellos suelos de parqué algo desgastado y noble, las paredes mostraban tenues vestigios de humedad, manchas y escaras, sobre todo en los rincones. «Eso se arregla», escuchó la voz de Tamariz a sus espaldas y casi pudo imaginar cómo se encogía negligentemente de hombros. «Eso se arregla»: así de fácil resultaba todo últimamente, como si para él sólo pronunciar aquellas dos palabras bastara para esfumar cualquier sombra o desgracia. Leticia pasó una mano por la textura algo blanda de la pared amarilla, atisbó en el cuartito de baño junto a las escaleras crujientes, jaló de la cadena con divertida puerilidad, miró la cocina bien equipada y grande, de muebles blancos y austeros, como de convento. De la casa vecina llegaba un arrullo de palomas y el trino desazonado de algunas cuculíes. Luego, como una chiquilla, subió a toda prisa a la segunda planta, donde encontró otro baño, más espacioso que el de abajo, con una tina inmensa, y tres habitaciones, una de ellas mayor que las otras y con un balconcito mustio que se abría sin petulancia hacia el mar. El mar: en su quietud verdosa latía como un corazón violento, y el fragor de las olas rompiendo allá abajo le

llegaba desde un rumor atufado de algas y viscosidades marinas.

De todas formas, lo que más le gustaba de aquella casa era el jardín, amplio, casi protegido por la sombra de dos árboles que crecían al otro lado del muro, en la acera. Un jardín propicio para rosas y claveles, para hortensias y geranios, se adivinó fugazmente, imaginándose en una dimensión mucho más casera y primorosa, quizá más cercana a lo que alguna vez quiso, pensó súbitamente encapotada. Porque, al fin y al cabo, no había nada más lejos en su vida que aquella existencia de jardín y siestas, de nimiedades y asuntos hogareños, aunque esta casa pareciera propicia para ello. Tanto habías soñado con una casa para entregarte a los deleites secretos de lo doméstico, Leticia, y ahora que la tenías debías renunciar a ellos.

Tamariz la había llamado hacía una hora y después de darle muy formalmente los buenos días la apremió a que se pidiera un taxi, le dictó una dirección donde la esperaba en veinte minutos, querida, tenía una sorpresa para ella. Su voz siempre parecía desprovista de color, si acaso la modulación exacta para fingir por cortesía la supuesta emoción que alguien experimenta al decir «tengo una sorpresa para ti». De manera que apenas duchada y con los cabellos aún húmedos, los ojos levemente hinchados por el sueño, se apeó del taxi en aquella fría esquina de Magdalena donde fumaba, envuelto en una gabardina gris marengo, muy elegante, el doctor Tamariz. Antes de llegar a él advirtió su colonia, pertinaz y un punto densa, como un atardecer invernal. Le dio un beso en la mejilla, fingió más curiosidad de la que sentía y se dejó conducir mansamente, sin palabras, hasta aquella casa esquinada y amarilla, de balcones diminutos y geranios mustios, que parecía una embarcación enfrentando el mar.

Lo adivinó de inmediato. En realidad, la idea te llegó desde el fondo mismo del corazón, Leticia, como si todo este tiempo en que habías vuelto a salir con él, desde aquella noche en el Crillón, hubiera estado esperando para emerger. «Es tuya», escuchó o creyó escuchar antes de que Tamariz abriera la boca, y por un instante turbulento y raudo no supo si darse media vuelta y acabar para siempre, de una vez por todas, con aquella relación —¿pero era realmente una relación, Leticia?— o aceptar con todas sus consecuencias lo que vendría, porque él le puso unos papeles en la mano, «éstas son las escrituras», dijo por si Leticia no creyera que fuera cierta tanta dicha, por si aún albergase alguna duda respecto de su generosidad sin mácula. «Es tuya», insistió o dijo por primera vez Tamariz, volviendo su rostro de pájaro hacia ella. Luego se quitó los lentes y los limpió con pulcritud menestral en un pañuelo de hilo, ahora sin mirarla, entregado a su minúscula labor, como dándole tiempo a ella para que hablara, para que pudiera aclarar el revolú de ideas que seguramente pugnaban dentro de sí, para que dijera algo, o simplemente era que se encontraba ya desentendido de la estupefacción con que Leticia parecía haber recibido aquella noticia, navegando ensimismado y solitario en sus pensamientos, alejado por completo de ella, incluso de la cortés alegría fingida con que la recibió, la casa era suya, ¿suya realmente? Sí, éstas eran las escrituras, ¿veía?: la casa que nunca tuvo es amarilla y grande, coqueta como una vieja dama, algo solemne y esquinada, como si no supiera bien qué posición tomar, y en sus balcones pequeños habían muerto algunas matas de geranios, pero no es difícil hacerlos crecer aquí, lo único malo es la humedad, se dijo mientras avanzaba, ahora con la llave en la mano, siguiendo a Tamariz. Caminaron hasta la entrada, chirrió la verja herrumbrosa que alguna vez fuera verde, siguieron

por el sendero de gravilla, alcanzaron el porche, entraron finalmente a aquella casa impregnada de humedad, vacía, algo marchita, como suelen verse las casas sin muebles, las casas que han sido habitadas alguna vez y algo de ese calor humano persiste, igual que la humedad y el moho, apenas una presencia mínima pero al mismo tiempo intensa, como un recuerdo o una nostalgia, la casa amarilla y esquinada.

Rolando Fonseca se detuvo frente a un quiosco, pidió *Última Hora*, *La Prensa* y que le diera también *La Olla*, le dijo al hombre que atendía apático. La avenida Wilson estaba saturada de viandantes, microbuses vetustos que hacían sonar sus bocinas, infinidad de volkswagens particulares, «últimamente todo el mundo tenía un carrito, Colorado, gracias a esa vaina del Pandero Volkswagen, todo el mundo se podía comprar un auto. Todo el mundo menos tú y yo, por supuesto», le había dicho Argüelles cacareando feliz, pocos días después del golpe del 3 de octubre, mientras veían formarse esas espontáneas e ineficaces protestas contra los militares: los autos de pronto se contagiaban a bocinazos y a la velocidad del rayo se producía una estridencia sin furia, más bien llena de sonrisas bobaliconas y todo volvía a quedar nuevamente en calma en cuanto cambiaba un semáforo o aparecía un coche patrullero. Pero hacía tiempo que ya nadie se acordaba de protestar, y el que se atrevía acababa deportado, en una acción tan rutinaria que apenas si llamaba la atención de la gente, pues a menudo se trataba de periodistillas, maestros revoltosos o sindicalistas segundones, pobres diablos como ese tal Tumi —uno de los primeros en ser deportados, evocó Fonseca— o el concejal Pedraza, y que por

si fuera poco no alcanzaban ni siquiera la efímera notoriedad de una prensa cada vez más consecuente con la Revolución y sus euforias nacionalistas, qué carajo, el Perú entero estuvo todo este tiempo más pendiente de las eliminatorias del Mundial de México o del poto de Gladys Arista en la tele, que de lo que hacían los milicos. Y ahora igual.

El periodista divisó cerca un lustrabotas y se acercó, maestro, una lustradita al toquefá, que estoy apurado, y el hombre sacó rápidamente betún y escobillas, acomodó un pie de Fonseca que se dejó hacer blandamente, mirando de reojo sus zapatos viejos, mientras hojeaba los periódicos, sin concentrarse del todo en su lectura, más bien pensando en que el calzonazos de Argüelles tenía razón, ellos también eran unos pobres diablos. El Flaco Calderón no había dudado en dejar sin contemplaciones *El Comercio*, donde los Miró Quesada lo habían tratado como a un hijo desde que llegó de Trujillo, para irse como jefe de la Oficina Central de Información de Palacio de Gobierno, le dijo a Marta mientras almorzaban allí nomás, cerquita de la redacción de *Semana*, una tarde que ella salió pronto del banco. Marta lo miró entre dos bocados, no dijo nada, dejó que siguiera hablando, que Fonseca le explicara cómo había asistido con curiosidad a aquel cambio de trayectoria en la carrera de Calderón, sus lentas pero venenosas embestidas al viejo periódico conservador donde hasta hacía poco había editorializado, los cada vez más notorios bandazos hacia esa izquierda confusa y plagada de populismo belicoso que el Gobierno Militar izaba como bandera del nuevo Régimen, sus nacionalizaciones, sus organigramas castrenses, su universo de siglas patrioterías: Petroperú, Hierroperú, Centromín Perú... Pero ahora el Flaco empezaba a estar bastante bien situado, resopló Fonseca bebiendo un sorbo de agua

de cebada, algo enojosamente tibia encontró la bebida el periodista, miró a los demás comensales con las cabezas casi sumergidas en sus platos de tallarines rojos, el localcito barato donde Marta, maquillada, bien vestida, parecía tan ajena, mordisqueando apenas un trocito de pan, mirándolo con una sonrisa limpia, como si entendiera todo, no te preocupes, mi gordo, verás que las cosas mejoran, le había dicho dándole un beso casi de hermana, algo gordita ella también, pecosa y bien guapa, tenía que regresar a la oficina, si no el viejo Martínez me mata, amor, y él se quedó todavía un momento, tomando el café, combatiendo el sopor de siesta que le entrecerraba los ojos, pensando en que Argüelles ya estaría en la redacción, infatigable, sonriente. ¿Cómo se podía ser tan, pero tan huevón?, pensó Fonseca sinceramente intrigado, casi amargo con su jefe y esa especie de bienaventuranza obstinada con la que parecía encarar cualquier acontecimiento. A la hora que fuera, Fonseca encontraba a Argüelles en la redacción, revisando textos, componiendo una página, dándole vueltas a un titular, siempre sonriendo, más que feliz, realmente convencido de que la vida era algo fantástico. Pero ya se sabe: para huevones, los bomberos. A él, en cambio, le demolía tener que coger el colectivo y soportar los humores de los extraños que se apelotonaban en el carro durante el larguísimo trayecto que había desde Barranco hasta el centro de Lima, engullir las empanaditas rancias de todos los días, mirar sus zapatos viejos, y aunque últimamente las cosas habían mejorado un poquito —el sueldo de Marta también—, Fonseca asistía con un inconfesable desasosiego al rumbo que había tomado su vida en los últimos años: *Semana* vegetaba entre frivolidades y temas supuestamente de fondo, incapaz de salir de su mediocridad, siempre asfixiada por deudas y letras protestadas, y él tenía la sensación de que jamás

nada habría de cambiar en la revistita de pacotilla y en cuya redacción se afanaba ocho y hasta diez horas diarias, aporreando su máquina de escribir con más eficacia y pulcritud que una secretaria, redactando notas sociales, reportajes, entrevistas, editoriales solemnes o ácidos, sintiendo cómo su talento se desvanecía por el sumidero de la rutina donde sin embargo Argüelles chapoteaba feliz. No obstante, desde el golpe del general Velasco, Fonseca había intuido que las cosas podían cambiar. Era cierto que ahora la prensa estaba inundada de noticias que tenían que ver con la Revolución, como si no existiera otro tema, ni siquiera en Sociales, donde las páginas habían ido cediendo espacio a las minucias y frivolidades de los generales golpistas, a la coquetería algo gazmoña de sus mujeres, a los cocktails y recepciones en las embajadas de Cuba, Yugoslavia o la Unión Soviética, ahora que Estados Unidos era el enemigo declarado; ni en Deportes, desde que el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas, como pomposa y burocráticamente se autodenominaba, había tomado el control del CND. Pero también era cierto que se respiraba un cierto clima de optimismo en la ciudadanía, sobre todo desde que se hizo noticia la expropiación de los yacimientos petrolíferos de La Brea y Pariñas, luego de cincuenta años de manejo gringo. Aquello había sido apoteósico, con jaranas callejeras, la gente en los balcones haciendo ondear banderitas rojiblancas, cantando aquí y allá la polquita «Perú Campeón», que se había escrito para la selección de fútbol y que el optimismo grandilocuente de los aduladores del Gobierno había encauzado hacia la Revolución; y programas especiales en la tele, canciones conmemorativas y hasta obritas de teatro, amén de un sinnúmero de desfiles cívicos militares en los colegios y los institutos de toda laya que colapsaban festivamente las principales calles de la ciudad. De pronto

todos eran velasquistas y ya resultaba difícil enfrentarse a aquel hombre y su revolución, que empezaba a ser comparado con Fidel Castro, nada menos, al igual que sus ministros parecían recién desembarcados de un rejuvenecido *Granma*, y eran saludados como héroes, vitoreados por la gente, acaparando portadas de revistas, sobre todo el ministro de Pesquería, el general Ravines, algo así como la estrella del nuevo gobierno: elegante, sociable, atlético y culto, Ravines encarnaba para los simpatizantes de la Revolución el perfil del nuevo militar peruano. Era cierto que junto a él también coexistían otros milicos más obtusos, cachacos ásperos de voz tronante y rudas germanías, de verbo mínimo y capaces de cometer burradas épicas como la de hace unos días, cuando, harto de tantas preguntas irresolubles, el general Figueroa, ministro de Agricultura, había exclamado impotente en una rueda de prensa que no tenía respuesta para todo, carajo, ¡él no era el homo sapiens! Nadie osó reírse, por supuesto, pero sin embargo la anécdota había cruzado vertiginosa de un extremo a otro la ciudad. Quizá por ello mismo, para evitar metidas de pata, para sacudirse un poco la caspa castrense, los ministros habían contratado un minucioso enjambre de asesores y consejeros que zumbaba día y noche en torno de ellos, dando una sensación de bonanza y eficacia que lejos de levantar resquemores parecía entusiasmar a todo el mundo, como si anticipasen el arribo inminente de la prosperidad, como si con sólo acercarse a ellos algo de todo ese bienestar se impregnara... mientras tanto, Fonseca iba siendo alcanzado por la enrarecida sensación de estar desperdiciando su momento, de estar perdiendo el tren de sus oportunidades: algo de aquella Revolución tenía que ser también para él, ¿no?

Que pusiera el otro pie, míster, dijo el lustrabotas mostrando el zapato espejeante, y Fonseca obedeció sin de-

jar de mirar la cabeza de pelos trinchudos de aquel cholito, los vertiginosos movimientos de su mano en torno a los zapatos, como un ronroneo más en medio de la aglomeración de la plaza: le robaría otra horita a la chamba, pensó encendiendo su quinto cigarrillo del día, y le haría una visita a Calderón, a ver cómo iban las cosas para el Flaco.

Al general Ravines el frío de la madrugada, la humedad que en su casa siempre lo enferma y lo pone de mal humor, le resulta estimulante cuando salta a correr, mañana tras mañana, bordeando el malecón de Miraflores. A esa hora apenas hay criadas que salen a comprar el pan, algunos madrugadores que calientan sus autos al ralentí. Desde el mar le llega ese tufo reconcentrado y marino que de joven siempre detestó y que los años han convertido en una lenta marea de nostalgia, de ese tiempo ya lejano en que bajaba a la playa con su cuerda de amigos: un mar gris e invernal, turbio y como cargado de oscuros presentimientos cuyas olas él rompía de enérgicas brazadas, sintiendo miles de agujas clavándose en su cuerpo estremecido por ese primer y violento contacto, por la exultante alegría de enfrentarse con los elementos y vencerlos. En el fondo, ése sigue siendo el desafío desde que fue nombrado ministro de Pesquería: enfrentarse al océano, aquel mismo océano que guarda riquezas marinas incalculables, capaces de darle de comer al Perú entero, y por ello, mientras trota con paso juvenil por la senda que corre a la orilla de los acantilados, experimenta una curiosa sensación de ser el guardián de aquel monstruo mitológico que él dominará poco a poco.

Metódico, preciso, con rigor implacable, el general recorre los dos kilómetros de ida y los dos de vuelta

que lo llevan desde su casa hasta un poco más allá del faro, aunque últimamente ha sentido el esfuerzo como una advertencia de los años, el pinchazo en el costado que le obliga a apretar los dientes y a endurecer el paso, como en sus tiempos de cadete, incapaz de admitir la vejación de su edad, las pantorrillas duras como pistones, el abdomen aún liso. Nada más volver a casa, se ducha rápidamente y cuando sale del baño, vigorizado y agradecido por el olor de la colonia y el perfecto afeitado, ya la empleada le tiene el desayuno listo. Laura apenas murmura unas palabras desde la tibieza de las sábanas y él observa con cierta frialdad —más bien imparcialidad— cómo el tiempo ha empezado a causar estragos en las formas de su mujer, a enquistarse en esas blandas redondeces del cuerpo donde antes él hallaba con gozo sólo firmeza y suavidad. Es una morbidez que apunta el declive, los años juntos, las tres hijas que ha tenido con él. En ellas, en Laurita, Marina y Victoria, Ravines cree adivinar como ráfagas de su mujer, esa tonta y alegre feminidad que le desconcierta a veces y que le obliga muy en contra suya a participar en tertulias y juegos nimios, a acceder a chácharas rosadas: la dulce cotidianidad de los sábados y los domingos, de los escasos almuerzos que comparte con su familia y que registra sin disimulo el hecho de vivir rodeado de hembras.

Acaba su café leyendo el periódico y rara vez se permite más que mordisquear una tostada y beber, ya con la guerrera puesta, el jugo de toronja, amargo, vigoroso, estimulante. Sube al auto que lo espera en la puerta y se sumerge en los documentos que prefiere llevar bien leídos antes de entregarse a su trabajo: casi siempre mira de soslayo la última esquina de su calle, desde donde observa la casa arbolada, el carro patrullero recortado contra el horizonte marino, pensando que cuando regrese del ministerio apenas reconocerá el barrio anochecido,

las parejitas etéreas que pasean por el malecón, la calidez adormecida de su casa: probablemente Laura ya esté dormida y Marina o Laurita se encuentren aún despiertas, estudiando (Victoria no, Victoria es aún muy chica y siempre se duerme antes). Le darán un beso antes de volver a sus cosas y él comerá algo en la cocina, quizá pruebe una copa de vino, pero nada más: Estás cansado, Gato, se dice mientras se desviste en silencio en la habitación, sorprendido de hablarse solo y al mismo tiempo aliviado de hacerlo. Últimamente el trabajo le absorbe diez, doce, catorce horas diarias y pese a que el ministro ha decidido seguir con la rutina de sus cuatro kilómetros de carrera diaria, cada vez le cuesta más cumplir con esta obligación personal. Cae en la cama y se duerme pesadamente, sin sueño alguno, apenas unas horas, reflexiona, cuando abre los ojos justo a tiempo para evitar que suene el despertador y pone los pies en el frío suelo de las cinco de la mañana. A más tardar a las ocho y media ya está en su despacho, mirando por los ventanales esa ciudad que ama y odia con intermitencia, obstinadamente, y ya no sabe muy bien por qué, únicamente que los fines de semana nada le gusta más que largarse a su casita de playa e invitar a unos amigos a tomar unos tragos y a olvidarse de la ciudad, del ministerio, de ese absurdo curso de quechua que Velasco se ha empeñado en que lleven todos, en fin, allí en la casita de Punta Hermosa se olvidaba de todo.

Ahora, tras las lunas pavonadas del carro ve pasar retazos de la ciudad que se despereza, el lento tráfico mirraflorino, la avenida Arequipa donde algunos autos circulan como despreocupados y sin prisa alguna. Éste no ha sido un buen año para la pesca y pese a ello el presidente lo ha confirmado en el cargo. Ha sido en realidad uno de los pocos que se mantiene en un gabinete donde todos penden de un hilo, de los humores y las bravatas del pre-

sidente: ¿a santo de qué, por Dios, poner la pistola sobre la mesa del consejo? Un mal año para la pesca, sí, señor, y muchos problemas con el empresario Bancharo Rossi, que se cree el amo y señor de los mares peruanos, pero Ravines desconfía de los informes que le han brindado los técnicos de la Marina. El otro sábado, en el almuerzo que ofreció Velasco al nuevo gabinete en su casa de Chaclacayo, se lo soltó al almirante Aníbal Saura, nuevo ministro de Marina, en un aparte que hicieron —ambos saturados por el humo pestilente de los cigarrillos, ya en la sobremesa— y el almirante lo miró de reojo, se sacudió una mota de polvo invisible en la manga de la camisa y le dijo algo bruscamente que aquello era imposible, Gato, su gente estaba perfectamente capacitada y cualquier estudio técnico que le entregaran era más que fiable. Ravines se arrepintió en el acto, no había sido muy diplomático habérselo dicho así, a bocajarro. Aníbal Saura era de los nuevos ministros y su designación había levantado ampollas en algunos sectores de la propia Marina, porque a nadie se le ocultaba la vieja amistad con Velasco. Nada, nada, le dijo queriendo quitarle hierro a sus frases, me estoy volviendo un neurótico con tanto trabajo. El almirante no dijo nada y se limitó a mirarlo sin ninguna expresión. Antes de que él pudiera decir más, sintió la mano fría y vigorosa, el presidente le tomaba del brazo, hacía lo propio con el marino. Conversaron de nada durante unos minutos, el general presidente se alejó hacia otro grupo y ellos, después de un rato en silencio, contemplando el atardecer serrano de aquella zona de Chaclacayo, volvieron a la salita donde Arias Silvela, Zegarra, Villacorta, Carranza y los otros ministros se entregaban con un deleite sin límites a escuchar unas anécdotas que contaba el presidente, con el pitillo humeante en los labios, pese a las continuas reprimendas de su mujer...

Mientras el carro oficial se abría paso en la densidad metálica del tráfico que cogían ya llegando al ministerio, Ravines pensó que tal vez era verdad, que tanto trabajo te estaba enajenando, Gato. Pero si esos informes eran ciertos, la anchoveta había desaparecido del mar y no podría cumplir la meta de exportación que habían estimado para este año. Un pequeño cataclismo para su minucioso proyecto de exportaciones.

En ese momento se acercó una de las chicas, ¿no venía?, se decepcionó con un ronroneo, abrazándolo con fuerza, como si Eleazar Calderón hubiese considerado la posibilidad de escapar. Luego la chica miró con desparpajo a Fonseca, que le sonrió, y ella abrió los ojos, hizo un mohín, ¿también era periodista?, preguntó abrazada a Calderón, vamos, hombre, que no fuera aguafiestas, insistió sin esperar la respuesta del Colorado, que bebió otro sorbo de whisky, sí, Eleazar, dijo, vamos mejor adentro y no hablamos más de política si tenemos chicas hermosas aquí, agregó envalentonado por el trago y también por la coca que le acababa de ofrecer Calderón, claro que sí, iban, dijo éste a la chica conduciéndola suavemente hacia el saloncito donde alguien había dejado una luz tenue que descubría siluetas bailando una canción de Manzanero. Fonseca parpadeó un poco tratando de ver mejor en el salón repentinamente oscurecido, se dirigió a la mesa donde había una botella de whisky y se sirvió otro trago. La pichicata le dejaba la garganta como una lija, quería un buen sorbo de whisky, pensó acercándose al sofá donde un hombre fumaba mirando a las parejas, quieto como un animal al acecho, pensó Fonseca ya con su trago en la mano.

No le había costado trabajo encontrar el edificio donde ahora vivía Eleazar Calderón, por este barrio había mataperreado de chico con sus primos, pero desde que su familia se mudó a Barranco, apenas si había vuelto a pisar aquella zona de San Isidro; se veía que Calderón estaba muy bien trabajando con Velasco, aquel departamento tenía que costar un chupo de plata, pensó mientras subía por el ascensor. Al llegar al octavo piso, la música lo guió hasta la puerta. El saxo de Fausto Papetti sonaba cadencioso en el tocadiscos, como un dolor tenue, una lenta embriaguez, pensó Fonseca saludando a Eleazar Calderón, que lo recibió muy informalmente, los brazos abiertos, algo extravagante también, enfundado en una bata de seda roja y con un dragón bufando en su espalda, qué tal, Fonseca, saludó éste haciéndose a un lado para que el periodista pasara. El departamento era amplio y seguramente luminoso, a través de la ventana del salón se adivinaba el bosquejo anochecido que se mecía en torno al club de golf de San Isidro, y era probable que desde la terracita se tendría una espléndida vista hasta la avenida Pezet. Fonseca entregó la botella de ron que había comprado antes de salir de la redacción de *Semana*, felicitaciones, cholo, dijo y caminó hacia la salita desde donde le llegaban voces, risas, y de ahí también provenía la música, habría una decena escasa de personas: en unos pufs vio a dos chicas de pestañas inmensas, con minifaldas floreadas, anchos cinturones blancos y muslos generosos. Tere y Amanda, presentó Eleazar y ellas qué tal, sonrieron, se acomodaron mejor en el asiento, soltaron una risita, en el sofá otras dos, muertas de risa, Raquel y Katy, hola, hola, y éste es un gran amigo, dijo Calderón cuando Fonseca se acercó a uno de los hombres que charlaba animadamente haciendo un corro junto a los ventanales, mucho gusto, dijo él, y estrechó una mano color canela y de dedos cortos y calientes, mayor Montesinos, a sus órdenes,

luego fue presentado a los demás, el decano Sánchez Idíquez, el sociólogo Heriberto Guevara, el empresario Pepe Quesada, Elio Marín, el artista plástico de mayor talento en el Perú, el mayor Alfaro, adjunto del primer ministro Carranza... todos buenos amigos míos, extendió un brazo generoso y jovial Calderón, que han venido a festejar muchas cosas. Salud, dijo y en ese momento Fonseca se dio cuenta de que todos tenían una copa en la mano, de manera que se acercó a la mesa donde había bocaditos y botellas, una cubitera de hielo, y se sirvió un whisky con un chorrito de agua mineral, salud, sonrió y los demás levantaron sus copas, por la International Petroleum, que ya es nuestra, carajo, dijo exultante Calderón y todos los demás rieron, alguien protestó, que quitara esa vaina de gringos, cholo, que pusiera una marinera o algo de música peruana y las chicas se alisaron las minifaldas, protestaron, aj, dijo una, ahora por favor que no vinieran con cholerías, además Fausto Papetti no es gringo, es italiano, y algunos celebraron la respuesta, otros insistieron en cambiar la música, finalmente Pepe Quesada dijo que okey, música peruana, pero de la nueva ola, y se decidió y puso un disco de Los Doltons, ¿era cierto que se separaban?, esto sí que era música, los Bolarte eran unos magos, sacó a bailar a una de las chicas, a Katy o a Raquel, una de las que estaban en el sofá, y otro más se animó, mientras Calderón observaba complacido como un joven patricio, fumando con elegante negligencia sus cigarrillos extra largos, en fin, dijo volviéndose a Fonseca como si recién lo descubriera, me alegra que hayas venido a mi fiesta, Colorado, sabes que esto es muy importante para mí. Fonseca miró su whisky donde apenas quedaban unos hielos, claro que sí, hombre, y se alegraba de veras... ¿cómo había quedado con la gente de *El Comercio*? Calderón se encogió de hombros, estiró un poco las mangas de su bata de seda, él hubiera querido terminar mejor, pero

con esa gente era imposible. Esa gente le había dado uno de los mejores trabajos de periodista que podían desearse en el Perú, celebró la ocurrencia Fonseca con un cloqueo alegre que le hizo estremecer la barriga, pero ya Calderón había agitado sus mangas en un gesto hierático, un desdén de emperador, éstos son unos reaccionarios, rabió, y él se empezaba a sentir incómodo entre tanta podredumbre oligárquica. Con Velasco estaba bien, el general era un trome, tenía una lucidez y un magnetismo que él no había conocido en nadie, palabra, Colorado, dijo bebiendo un sorbo de su copa, entrecerrando los ojos como para acercarse mejor a esa imagen intensa del general presidente, ese hombre era un líder nato, justo lo que el Perú necesita, y Fonseca lo miró perplejo, con una media sonrisa que pugnaba por momentos en convertirse en carcajada y por momentos esfumarse en un gesto de asombro, ¿hablaba en serio? A él no le había parecido tan así como decía el Flaco, más bien un milico bastante común pero nada de eso, mi querido Rolando, objetó Calderón caminando hacia el ventanal y haciendo que Fonseca lo siguiera: alguien había puesto a todo volumen *Can't take my eyes off you* de Frankie Valli, hasta allí llegaban las risas, las voces; nada de eso, insistió Calderón formando meticulosamente unas rayas de coca sobre una mesita, el general Velasco es un verdadero estadista, recuerda lo que te digo, aconsejó aspirando con fruición e invitando a Fonseca, era un hombre comprometido con el futuro del país y con una capacidad de trabajo inusual, portentosa. Era listo como una loba, se rodeaba de un buen equipo y además había hecho lo que ningún gobierno hasta el momento se había atrevido, arrebatárles a los gringos La Brea y Pariñas, el petróleo peruano para los peruanos. Ya, dijo Fonseca sin evitar un gesto escéptico, resoplando un poco, pero ahora resulta que después de todo este tiempo desde que se anunció la expropiación, en lugar de co-

brar 690 millones de dólares, el Gobierno hasta el momento viene pagando cinco millones de la deuda que tenía la International Petroleum con bancos norteamericanos. Calderón apenas lo miró, pasándose un dedo por la nariz, los ojos ligeramente enrojecidos. Cojudeces, hermano, le dijo rumbo a la sala donde algunos se animaban a bailar.

Ahora, de pie y nuevamente en el salón, Fonseca iba acostumbrándose poco a poco a la penumbra donde evolucionaban las parejas convertidas apenas en siluetas temblorosas. Terminó su trago y el hombre que estaba sentado, observando, se volvió hacia él, ¿unos tiros?, ofreció con amabilidad, haciendo un espacio a su lado, junto a la mesita de cristal donde disponía la coca. Este Calderón y sus fiestas, dijo el hombre como disculpando una travesura, debe gastarse un dineral en putas, pero eso sí: siempre tenía pichicata de la buena. ¿Putas?, preguntó Fonseca aspirando una raya que le aceleró el corazón con un vértigo como de lujuria. Claro, ¿qué creía?, dijo el hombre cuyo rostro Fonseca no distinguía a causa de la oscuridad. ¿Sánchez Idíaquez? ¿Guevara?, Fonseca no podía ver quién era el que hablaba. Aquellas chicas eran putas pero de las caras, continuó diciendo la sombra, de las que lo hacen sin roche, sin escándalo. Carajo con Eleazar, silbó despacito Fonseca, tenía que ganar harto billete para pagarse esos caprichos. Además, burrero como era, seguro que no había dejado de ir al hipódromo ni un solo domingo. Claro que no, ya ve que trabajar para el Gobierno da su buen billete, mi querido amigo. Aunque, la verdad, agregó el hombre, yo prefiero ganarme mis polvos y no estar pagando por ellos. En ese momento alguien, quizá el propio Calderón, encendió la luz, cambió la música y, recién entonces, Fonseca pudo ver quién le hablaba: los dedos gruesos y color canela limpiaban la nariz, aquellos ojos ligeramente miopes y como de reptil se volvían hacia

él: a Fonseca en cambio le gustaba la timba, ¿verdad? Él tenía un grupito de amigos con los que jugaba los viernes, el decano Sánchez Idíaquez, el propio Guevara a veces. Buen ambiente, buenas apuestas, si quería, un día de éstos quedaban, propuso el mayor Montesinos.

Ajustó la corbata y se miró en el espejo estudiando su semblante severo, los ojos pequeños y achinados que lo observaban como ajenos a él mismo. Repasó unos mínimos cabellos que escapaban de su perfecto peinado, movió el bigotito que empezaba a ponerse gris, como buscando acomodarlo mejor en su rostro marcial, ese rostro que recién ahora comenzaba a considerar familiar, después de verlo en tantas y tantas fotografías de los periódicos y revistas. Sus nietos eran los primeros en alborotar cuando lo veían en la tele, las veces en que estando en casa emitían en diferido su más reciente mensaje a la nación, la invocación a todos los peruanos para que recuerden su responsabilidad con la patria, los anuncios del duro batallar contra el imperialismo, contra la injusticia que lo había llevado a impulsar reformas audaces y completamente novedosas en el mundo. La propia prensa empezaba a especular acerca de la magnitud de tales propósitos, el mundo entero observaba con asombro a esa nación tercermundista que se enfrentaba sin complejos a las dos superpotencias, Velasco, y que de tu mano avanzaba hacia un futuro más justo y solidario.

Encendió un Chalán, le dio unas pitadas y convulsionó a causa de un ataque frenético de tos que lo hizo maldecir turbiamente, pero luego levantó sus ojos fieros clavándolos en su propia imagen, como llamándose la atención, Velasco, por ese súbito acceso de debilidad.

Quizá era cierto que en los últimos tiempos había incrementado su ración de cigarrillos, pero los asuntos de la patria lo ponían en tal estado de ebullición que lo menos que podía hacer era encender un cigarrillo y escuchar el crepitar rumoroso del delicado papel, la pequeña e intensa combustión que le llenaba los pulmones de humo y aplacaba su ansiedad. Como ahora mismo, por ejemplo, cuando iba a anunciar la composición de su nuevo gabinete: es el *stress*, le dijo el doctor Esquenazi y él se quedó mirándolo, ¿qué demonios era aquella palabreja, doctor?, arrugó la frente y el doctor sonrió suavemente, *stress* o ansiedad, mi general, provocado por esos estados de zozobra y agitación continua... pero él espantó aquella repentina explicación terapéutica con una mano, ¿veía, Benito?, le dijo al primer ministro, que en ese momento entraba a su despacho, hasta el doctor Esquenazi, peruano de tres generaciones, utiliza esos términos gringos para referirse a la ansiedad. El doctor Esquenazi palideció de pronto, quiso sonreír, le tembló un poco la barbilla, pero felizmente Velasco estaba de buen humor. Ay, carajo, gruñó, vamos a limpiar también nuestro diccionario: nada de palabrejas en inglés, si tenemos un castellano riquísimo y otros idiomas patrios. Se quedó un momento como al acecho, sin dejar de mirar al médico, lleno de ferocidad engañosamente contenida, como un tigre a punto de dar un zarpazo. ¿Cómo se dice *ansiedad* en quechua, doctor?, preguntó al fin y nuevamente le bajaron los colores al doctor Esquenazi, caramba, mi general, qué cosas, él no sabía, la verdad. ¡*Tinka!*, sonrió con socarronería Velasco, no lo olvide doctorcito: nada de *stress* ni huevadas: *tinka*. Vamos a curar la *tinka* peruana a como dé lugar, le palmó familiarmente el hombro...

Y eso era clave, Velasco: vamos a sacudirnos de tantos años de imperialismo, vamos a demostrarle al mundo

lo que podemos hacer con nuestra patria: sin complejos y de tú a tú, como le dijo a Allende la vez que visitó Lima, hay que tratar a todos de frente, Chicho, sin servilismo alguno, carajo, y brindaron con pisco peruano y luego con pisco chileno, por el destino de Chile y del Perú, dijeron, por el destino de Latinoamérica, y chocaron sus copas, igual que harás ahora mismo, Velasco, con tus nuevos ministros, con los viejos ministros que se quedan con el Gobierno y que no tienen intenciones de moverte el piso: los pocos leales, carajo, porque últimamente esto parece un nido de víboras, Benito, le dijo al primer ministro, y hay que vigilar para que a nadie se le crucen por la mente ideas descabelladas. Hay que conducir el Proceso con mano firme, puta madre, y para eso es necesario contar con gente leal, gente que no se achique ni se tuerza a la primera oportunidad: para eso estaba el Gato Ravines, para eso el almirante Aníbal Saura, para eso el Zambo Arias Silvela, para eso también Blacker Hurtado, Cáceres Somocurcio y algunos otros. Pocos pero fieles, Velasco, capaces de entender lo que quieres, lo que sabes que es necesario para la patria. Con este renovado gabinete emprendería nuevos retos, entre ellos el de hacer obligatorio el uso del quechua en las escuelas, que se convierta en nuestra lengua oficial. Ya había mandado a los ministros a que hicieran un curso acelerado de quechua, les costó dios y su ayuda conseguir profesores, pero si no lo hablaban ellos, ¿cómo carajo iban a pedirle al pueblo que lo hablara? Con este nuevo gabinete, diseñado entre él y Benito Carranza, emprenderían grandes reformas para los años siguientes: generar una verdadera industria nacional, restringir al máximo la importación, proyectar la participación del Perú en los grandes foros internacionales: lo había anunciado el viernes último en su mensaje en cadena para toda la nación y ya los nuevos

ministros tenían bien aprendido lo que la patria demandaba de ellos. Luego de la toma de posesión, se tomarían sus tragos, estrecharían lazos, incluso con el huevas tristes del almirante Garrido, el único cargo que le aceptó propusieran los marinos y que él derivó a Vivienda. Apagó el cigarrillo, bebió un sorbo de pisco y salió hacia el Salón Potenciano Choquehuanca, donde en breve comenzaría la ceremonia de juramentación de cargos.

Estaba tumbado de espaldas en la cama, aún con el cigarrillo en los labios, el cuerpo desnudo y algo tenso mientras Ofelia se encaramaba sobre él, le ponía ambas manos en el pecho, le daba un suave masaje. El general Zegarra sintió los muslos tibios envolver los suyos como dos pinzas de cangrejo, sentarse finalmente encima. Así, con su mujer a horcajadas, podía cerrar los ojos e imaginar sus pechos como peras, el cabello largo cubriéndole el rostro, sus mínimos gemidos, ¿reales, falsos, Zegarra?, casi como una gimnasia su empecinamiento en parecer excitada. El general se volteó bruscamente, sintió que Ofelia perdía el equilibrio, no seas bruto, dijo con su acento levemente selvático, casi me has hecho caer, oye, y luego soltó una risita, mirándolo ahora a los ojos, otra vez complaciente. ¿Quieres mejor así?, dijo con voz insinuante, bajando una mano hacia su entrepierna. Zegarra cerró los ojos y al mismo tiempo le dio una calada al cigarrillo, luego se volvió hacia el cenicero repleto de colillas y lo apagó. Volvió a mirar a su mujer y se concentró en la mano que subía y bajaba, sí, así, dijo con la voz desbaratada, ¿sintiendo ya el deseo, Zegarra?, y ella aceleró el ritmo de sus movimientos, volvió a gemir cerrando los ojos, levantando la cabeza algo teatralmente, pero el general era incapaz de concen-

trarse. De pronto soltó un pequeño rugido, carajo, me haces daño y le dio un golpe en el brazo, nada fuerte, pero ella aulló con sorpresa, amor, no seas tosco, oye. Zegarra sintió desfallecer su deseo, un súbito aburrimiento, también una exasperación por ello. Carranza le había llamado esta mañana, aló, Turco, y le explicó que debían verse esa misma tarde, sí, hombre, que hay que hablar de algunos asuntos importantes.

El general Zegarra se incorporó en la cama, ajeno por completo a las caricias ¿aburridas, apáticas, mentirosas, Zegarra?, de Ofelia, que le preguntaba adónde iba, cholito, ¿otra vez la iba a dejar solita? Y se apoyaba en su espalda, le buscaba los ojos, de pronto un gesto de fastidio al entender que su marido apenas le hacía caso: el jodido de Carranza, con sus llamadas intempestivas, con sus reuniones súbitas, desde que fue designado jefe del Coap y el propio Velasco le encomendó —les encomendó, en realidad— sin ambages que se volvieran sus ojos y oídos, sus perros guardianes, en realidad, pensó Zegarra durante aquella reunión en Palacio, convocados de manera perentoria por el general presidente. Desde entonces, Zegarra, no has pegado ojo: el Servicio de Inteligencia del Ejército parecía orbitar lejano a la ebullición palaciega de los ministros y tú acariciabas la idea —esa tarde huracanada por los rumores del cambio del gabinete y las inminentes designaciones presidenciales— de que te tocara un ministerio: nada de eso, carajo, ser designado director del Servicio de Inteligencia del Ejército lo hizo maldecir con encono, apretando las mandíbulas hasta que sintió el rostro rígido durante el cocktail infinito con el que Velasco agasajaba a sus nuevos ministros, a los nuevos nombramientos. «Mírate, Zegarra, pareces un sirvientito», se dijo arteramente nada más llegar al cocktail en Palacio y encontrarse con el estirado, el pitucón de mierda del almirante Saura vestido

de gala, nombrado ministro de Marina simplemente porque era amigo de Velasco, y pese a que la propia Armada se opuso al nombramiento; con el almirante Garrido en Vivienda y el animal de Óscar Peñaloza en Exteriores; con Ravines en Pesquería, el Gato Ravines y su porte de militar inglés, de hombre entregado al Ejército, sobre todo porque ser junto a Blacker Hurtado en Interior uno de los pocos que seguían en el nuevo gabinete era todo un voto de confianza; hasta el Zambo Arias Silvela, Zegarra, hasta el Zambo, ese miserable, carajo, había sido nombrado ministro de Comercio: todos inflados como pavos reales mientras la orquesta atacaba con celo una polca y Velasco, el rostro congestionado, el cigarrillo apestoso en la mano, daba vueltas entre sus ministros, piropeaba con su enjundia de granadero a las mujeres.

Durante las larguísimas y bostezables horas del cocktail tuvo que contener la bilis de saberse arrinconado en el fondo de las necesidades palaciegas, de perro guardián de los ministros, de los designios arbitrarios de Velasco, que se acercó de pronto a ponerle una zarpa encima, ¿qué tal, Turco?, los ojos incandescentes de whisky, el aliento fétido a nicotina, y tú apretaste más las mandíbulas, Zegarra, endureciste el abdomen, se oyó decir con su voz más neutra, castrense, firme, que muy bien, general, era un gran honor servirlo desde este puesto de mierda, desde este humilladero militar bueno para morir entre legajos y burocracia, este puestito de fantasía logística e interés combatiente de pacotilla: pero en realidad no dijiste nada, Zegarra, apenas murmuraste gaseosas fórmulas de agradecimiento y honor mientras la orquesta remontaba con denuedo un vals criollo y el presidente seguía con ojos aviesos el discurrir de las hembras de gala bajo la luz de los candelabros, qué tales lomos, ¿eh, Turco?, aún se permitió decir el presidente ya del todo desatendido de Zegarra.

Sin embargo, cuando Velasco los llamó al poco tiempo a despachar en Palacio —a Zegarra y a Carranza—, de golpe el Turco sorprendió en los ojos intensos y ariscos del general presidente la decisión implacable de saber todo lo que ocurría en su entorno, señores, les dijo con la mandíbula desafiante y ligeramente temblona, los dedos amarillentos que revoloteaban frente al rostro imperturbable y soporífero de Carranza, de vez en cuando frente a los ojos del propio Zegarra. Durante hora y tres cuartos, Velasco explicó casi con brutalidad lo que quería de ellos —también estaban el jefe de prensa, un civil de apellido Calderón que tomaba notas con diligencia de escolar, y el asesor del ministro Carranza, un abogado con rostro de ave y ademanes melindrosos—: Carta abierta, general, le dijo a Zegarra aferrándose a su brazo con un vigor melodramático cuando la reunión finalizó, carta abierta: el Proceso Revolucionario estaba en manos de ellos y había que vigilar sin descanso posibles flaquezas. Entiéndase con Benito Carranza, que él le explicará mejor cómo va a funcionar esta vaina. Benito Carranza había sido durante mucho tiempo el director de Inteligencia del Ejército y pese a su aparente estado larval, a su pesadez indigesta y a ese sopor que parecía entumecer de agobio todos sus gestos, sus palabras, su manera de moverse, resultó ser quien más sabía de todo lo que pasaba y dejaba de pasar no sólo en el Ejército sino fuera de él. Esa noche, en el bar del Bolívar adonde fue a encontrarse con Ofelia, el general Zegarra entendió que Inteligencia del Ejército era mucho más de lo que había sido hasta entonces, y lo primero que hizo fue cavilar un momento sobre alguna acción inmediata, algo que Velasco agradeciera. Cuando leyó la carta de renuncia que publicaba en *El Comercio* aquel concejal de la municipalidad de Miraflores, lo tuvo más claro, aquello era lo que necesitaba en ese momento para probar la efectividad de sus decisio-

nes: Pedraza es hijo de dirigente aprista y conspirador, le dijo al general Velasco, esa renuncia suya es un insulto al Régimen: Y es que Inteligencia del Ejército era el poder, cholita, le explicó entonces a su mujer cuando la vio llegar, lambiscona, con los labios pintados de un rojo intenso, parece una puta, Zegarra, ¿por qué te casaste con ella, Zegarra?, ¿te mereces esto o algo mejor?, y sintió su perfume un punto dulzón, hola, amor, y se sentaba a su lado para pedir un whisquicito al mozo: mucho más importante de lo que puedas creer, insistió mientras tomaban asiento en el comedor espléndido y casi solitario, pero lamentablemente todo quedaba en estricto secreto, de ello dependía la seguridad del Régimen y en buena cuenta del país, aleccionó el general Zegarra y Ofelia abrió mucho los ojos, por supuesto, dijo acariciándole un brazo, supongo que más adelante te harán ministro, amor, eres lo mejorcito del Ejército, amor, pero los labios del general se convirtieron de pronto en dos finísimas líneas despectivas: te casaste porque era la hija del general Aspíllaga, Zegarra, nada más que por eso. ¿No estabas escuchando, cojuda? Esto es cien veces más importante que cualquier ministerio, y Ofelia retiró la mano, pestañeó sintiendo un incendio en las mejillas, seguro el mozo había escuchado que la llamaban cojuda, se le aguaron los ojos, advirtió la pirotecnia de encono encendida en los ojos de Zegarra, que disculpara, amor, que no se amargara así, dijo ella y Zegarra se llevó un bocado de *entrecôte* a la boca pero le costaba masticar, chasqueó los dedos, que le trajeran un agua mineral, dijo al mozo, al instante, mi general, se recordó en la última reunión con Velasco y ese maldito tono servil que no podía evitar con el presidente, a qué tanto formalismo, a qué tanto respeto, carajo, si en cualquier momento esto de ser ministro se acaba, le había dicho casi jovialmente el general Cáceres Somocurcio, aunque no había usado esas palabras, el Chan-

cho era demasiado hábil para meter la pata con una frase así, mientras subía trabajosamente a su auto y él, Zegarra, se dirigía al suyo, no, no había usado esas palabras exactas, pero algo de eso quedó revoloteando en el aire, de manera que no seas servil, Zegarra, lo que usted diga, mi general, sí, mi general, mientras que los otros de tú y vos con Velasco, pero no se decidía el general Zegarra, caracho: Demora usted más que una madre, le dijo al mozo cuando llegó con la botella de agua y éste enrojció como si le hubieran encendido una bombilla por dentro, balbuceó unas disculpas y sirvió el agua temblando, ¿y a ti, qué carajo te ocurre?, se dirigió a Ofelia que nada, nada, come tranquilo, amor, dijo bajando los ojos y mírala, Zegarra, por mucha ropa que le compres, a ésta no la puedes llevar a los cocktails, si es una cholita tan poca cosa...

¿Hacía cuánto que no veía a Bermúdez? Porque, sin duda alguna, era aquel hombre del auto azul que iba detrás del suyo y que aparecía en su retrovisor o en el espejo lateral de tanto en tanto. A Bermúdez lo conocía desde hacía muchos años, cuando él apenas era un chibolo: fue buen amigo de su padre y su más encarnizado y fiel adversario jugando al ajedrez. Cuántas veces Pedraza lo había visto, mínimo y óseo, sentado a la mesita que daba al jardín minúsculo, el bigotito a lo Pedro Infante, los zapatos siempre lustradísimos, un gesto pensativo frente a un alfil o una torre que no se decidía a mover, enzarzado en aquella pugna deportiva que sostenía con su padre todos los viernes.

Casi siempre llegaba cuando él estaba terminando de comer y le ponía una mano tímida, llena de calidez, en la nuca, ¿cómo estaba, Pepito? Y él sonreía tontamen-

te conmovido por la suavidad de ese señor que le ponía una diestra tibia mientras comía. Luego se sentaba con su padre, colocando el tablero de ajedrez o simplemente acercándose a una partida inconclusa y allí se quedaban, absortos, en silencio. Al cabo de unas horas su madre llegaba hasta ellos en un silencio casi reverencial por aquel juego tan serio, les servía café humeante y unos pasteles y él, Bermúdez, encendía su cigarrillo número mil, agradecía casi con una reverencia, con una lenta amabilidad de caballero melancólico y más bien consciente de aquella fragilidad que el día del velorio le hizo musitar, casi para sí mismo, que quién hubiera dicho, Pepito, que tu padre se iba a ir antes que yo de este mundo. Fue Bermúdez quien le mostró lo que había sido su padre: desde su silencio admirativo, desde esa pacífica devoción con que lo trataba de usted siendo aproximadamente de la misma edad, desde su lejanía brusca cuando la muerte de éste, como si no hubiera querido entrometerse en el dolor que dejó a Pedraza y a su madre aquella pérdida. Porque desde esa noche, desde el velorio de su padre, José Carlos Pedraza no había vuelto a ver a Bermúdez. De cuando en cuando su imagen casi en sepia parecía asomarse por una esquina de los recuerdos, su mano áspera y tibia en la nuca cuando él comía, ¿cómo estás, Pepito? Y de inmediato pensaba en su padre, en su militancia aprista, en las veces que estuvo en la cárcel, en su vida casi clandestina. Sobre todo pensaba en él en los últimos tiempos, desde que Pedraza se enfrentó a la tesitura de apoyar o no al Gobierno Militar que tomó el poder. ¿Qué hubiera dicho su padre de aquel golpe encabezado por el general Velasco? Aprista convencido y orgulloso, se había salvado por los pelos de aquella terrible matanza del treinta y uno en Chan Chan, acusado de la muerte de unos oficiales en el cuartel O'Donovan, pero él, Pedraza, siempre creyó la

versión de su viejo: las dictaduras son todas iguales, hijo, y el amigo Bermúdez asentía en un silencio más bien devoto y más allá de toda duda: no hay una sola dictadura que se salve, ni siquiera la del barbudo ese, Fidel Castro. Fue lo primero que pensó cuando el golpe de Velasco, esa tarde que llegó a su despacho de concejal en Miraflores pensando que ya habrían cerrado la alcaldía, pero no ocurrió nada de eso y los primeros días le llovieron críticas a aquel Gobierno Militar. Pero luego, viendo cómo habían actuado aquellos milicos, fue estremecido por una agitada confusión: ¿Y si aquellos militares eran distintos? ¿Y si se trataba de una verdadera, honesta revolución? ¿O quizá sólo eran otros militarotes brutales y ávidos de poder? Pero el ministro del Interior, Pedro Blacker Hurtado, o el ministro de Pesquería, Ravines, no parecían así... Pedraza hubiera querido encontrar a Bermúdez para preguntarle, para saber qué hubiera dicho su padre, qué pensaba él que diría su padre. Él, que fue el único amigo que le conoció al viejo. Sin embargo, dejó que pasaran y pasaran los meses sin tomar ninguna decisión, arrastrado por una pereza que iba minándole el ánimo y dejándole un malestar inubicable, un mal sabor en la boca. Y un buen día, después de pensarlo mucho, Pedraza resolvió sus dudas.

Dos días después de renunciar y escribir aquella carta explicando sus motivos, se encontró en el retrovisor de su carro el frontal de un Dogde azul que venía siguiéndolo por toda la Javier Prado. Sintió cierto alivio al entender que aquellas cuarenta y ocho horas había vivido en una inexplicable zozobra esperando que aquello ocurriera. Nada más llegar a casa, le dio un beso a su mujer y sin decir palabra se acercó al teléfono. Temblaba un poco cuando discó el número de su amigo, el abogado laboralista Eduardo Roca, ¿aló, compadre? A que no adivinaba quién lo había venido siguiendo, dijo cuando

por fin éste contestó. El mismo Pedraza se decepcionó al oír su propia voz, más bien cenicienta y no jovial y despreocupada como hubiera querido. Su mujer se había acercado en silencio y lo miraba hablar por teléfono con los ojos muy abiertos, los brazos cruzados fuertemente en el regazo. Sí, exacto, contestó Pedraza a la bocina del teléfono, poniéndose un cigarrillo en la boca y haciéndole gestos a su mujer de que le alcanzase unos fósforos, flaca. Seguro ahorita mismo tocan a la puerta, agregó, y se alarmó al pensar que tenía la misma expresión de su mujer, quien había vuelto en silencio con una cajita de fósforos en la mano: de acuerdo, dijo casi como un autómata en el teléfono, entendido, te espero e intentaré demorarlos hasta que llegues: Pediré que me dejen al menos terminar de comer. Luego colgó y encendió el cigarrillo, ¿ya estaba el almuerzo?, preguntó fúnebremente el economista y concejal Juan Carlos Pedraza, de treinta y dos años, natural de Arequipa, casado con doña Paula Castro, sin hijos. Su mujer corrió a la ventana y vio el Dodge azul, grande, algo oxidado, allí abajo, ¿lo buscaban?, preguntó por fin, con una voz demasiado chillona, como a punto de lanzar un grito, ¿qué había hecho?, ¿quiénes eran esos hombres?, y corrió hacia donde su marido, que se sentó a la mesa destapando la olla donde humeaba la sopa, que le sirviera ya, dijo de pronto, rápido, flaca, lo buscaban de la prefectura y él tenía que conseguir demorarlos hasta que viniera Eduardo... y en ese momento sonó la puerta, no el timbre. Pedraza se llevaba una cucharada de caldo a la boca cuando escuchó la voz familiar, mínima, apacible, del comisario Bermúdez.